

# Reseña



## El orden de la memoria en Chartier\*

Jerónimo Hernández\*\*

**E**n una época como la nuestra, tan dada al ordenamiento del saber escrito por su abundancia de temas, es difícil para el lector común imaginar un tiempo en el que dicho saber ofrecía temas muy limitados, casi todos referentes a la religión (compendios de la Biblia, villancicos, catecismos, libros de oraciones, vidas de santos, etcétera), los cuentos ocupaban sólo un pequeño espacio temático, lo mismo que los almanaques, otros temas aparecen sólo por excepción en las listas y catálogos de libros. Contra lo que pudiera pensarse, no estamos hablando de un pasado remoto ni de un ámbito extraño a Occidente, sino que hablamos de la Francia del Antiguo Régimen, apenas doscientos años atrás.

Tal situación contrasta sobremanera no sólo con nuestra época sino también con periodos anteriores, en la Antigüedad Clásica encontramos una mayor diversidad de temas, e inclusive hasta una mayor difusión de las obras literarias. Es muy conocida la referencia a la biblioteca de Alejandría en donde se trataba de

\* Chartier, Roger. *El orden de los libros. Lectores, autores, bibliotecas en Europa entre los siglos XIV y XVIII*, Barcelona, Gedisa, 1994, 108 p.

\*\* Egresado de la Licenciatura en Historia de la UAM-Iztapalapa.

ordenar tanto el saber de los filósofos antiguos y modernos (para la época) como ponerlos a disposición del que quisiera consultarlos. El incendio ocurrido durante la insurrección de los egipcios contra Julio César (48 a.C.) destruyó una enorme cantidad de valiosos documentos, pero a pesar de éste y otros desastres la biblioteca subsistió por seiscientos años más, lo que es indicativo del tamaño de su acervo.

En lo que a César se refiere, el incendio de la biblioteca no fue una muestra de salvajismo ignorante sino un desafortunado accidente, que después trató de compensar a su manera; fue iniciativa suya crear una biblioteca sistematizada en Roma y encargó su organización a Varrón, general al que había perdonado después de haberle derrotado en batalla. El pésimo general (sus tropas desertaron cuando iban a entrar en combate) se reveló en su nuevo puesto como un excelente bibliotecario que, en su búsqueda de libros, mandaba secuestrar los que se encontraran en el equipaje de los viajeros que entraban a la ciudad y de los barcos que atracaban en Ostia, puerto de entrada a Roma (dice mucho de su amor por los libros el que regresara los ejemplares una vez que se sacaba copia).

Ahora bien, la recopilación de textos y su puesta a disposición en consulta no indica necesariamente su conocimiento, de hecho, al grueso de la población le tiene sin cuidado lo que se escribe y quienes lo escriben. Si eso es cierto en nuestra época, en que la edu-

cación se encuentra al alcance de las mayorías, cuanto y más en tiempos en que ésta era privilegio de unos pocos (no necesariamente la élite política, Carlomagno fue un soberano muy temido por sus coterráneos por su gran poder, pero también era mal visto por otros reyes porque a diferencia de ellos, el rey franco sabía leer, actividad que ni siquiera hacía muy bien). ¿Esto significa que la masa es ignorante por naturaleza y que, por tanto, es incapaz de crear cultura? No se puede dudar que en el seno de la masa popular existe una cultura, pero, si la respuesta a la pregunta anterior fuera afirmativa, ello indicaría que la cultura popular en realidad es tan sólo una extensión de la cultura de una élite a la que podríamos agregar el adjetivo de "intelectual" y, en última instancia, concluiríamos que no existe algo como la cultura popular, tal y como han expuesto algunos autores como Robert Mandrou. Pero ya Ginzburg había criticado esta posición tan reduccionista (véase la introducción de *El queso y los gusanos*) reconstruyendo la mentalidad adquirida por un molinero, no tanto por la influencia de las ideas de una élite intelectual en tanto que contra ella (Ginzburg se valió para su trabajo de archivos inquisitoriales, pues el tribunal del Santo Oficio había presentado una querrela contra cierto molinero del pueblecillo italiano de Friuli llamado Domenico Scandella, mejor conocido entre sus vecinos por el sobrenombre de Menocchio y que, ciertamente, había escandalizado

a sus vecinos con sus ideas heréticas, decía, por ejemplo, a sus acusadores que, a su modo de ver, Dios no había creado a los ángeles sino que éstos habían surgido del mismo lugar que aquel de un caos primigenio “como el queso, cuando se hecha a perder y le salen los gusanos”. también afirmaba que si Cristo en realidad hubiera sido Dios no se hubiera dejado apresar fácilmente).

Sin embargo, si se puede aceptar la existencia de una cultura popular, ¿qué papel desempeña la lectura en la misma? Desde hace tiempo se ha visto en las narraciones orales la fuente de la que bebieron los integrantes de la masa, que a diferencia de la elite intelectual no contaban con una formación académica, pocos de ellos (como el molinero de Ginzburg) sabían leer. A estos privilegiados se les había otorgado el papel de intermediarios en la transmisión de la cultura elitista al ambiente de la masa.

De esa manera se trataba de explicar la transmisión de las ideas que transformarían el mundo medieval en el mundo moderno, la Reforma, la Ilustración, la Enciclopedia..., y, finalmente, la revolución burguesa de Francia en 1789. Pero una mirada al tipo de lecturas de carácter popular en el Antiguo Régimen muestra que los temas de política se encontraban ausentes de los lectores cotidianos (Chartier ya se había ocupado de ello en otro trabajo anterior, *Lecturas y lectores en la Francia del Antiguo Régimen*, publicada en México por el Instituto Mora). En este sentido, el pro-

ceso de aceptación de nuevas ideas en la mentalidad popular debe guiarse por otros derroteros, pero eso ya no interesa especialmente al autor de *El orden de los libros*.

Lo que le atrae es, en cambio, el acto de la lectura, el “¿cómo se lee?”, pregunta básica para entender la dialéctica autor-lector en tanto partes de un mismo proceso histórico, en la que ninguna de las partes se comprende sin la otra, sin autores no hay texto y sin lectores la labor de los autores es inútil por completo, “un texto —nos dice— no existe sino porque hay un lector para otorgarle significación”. De dicha dialéctica no están exentos los encargados de la impresión y distribución del material impreso, aunque su papel es más bien nefasto, pues de ellos depende que un autor trascienda y alcance al lector. Ellos cumplen con la labor de intermediario, o mejor dicho, la de censor, entre el texto y el lector, porque ellos determinan a quién va dirigido y qué texto es apto para cierto tipo de gente, de la labor de impresores y distribuidores (que las más de las veces eran los mismos) se puede decir que la subjetividad de su ética era lo que determinaba su trabajo, a diferencia de nuestros días en que parece que lo que importa son las perspectivas del mercado, no la calidad del texto. El lector común en la Francia del Antiguo Régimen tenía en su contra desde su propia falta de preparación hasta la opinión personal del impresor del libro en cuestión, por no hablar de la calidad de determinado autor.

Pero no todos los libreros ejercían las labores de censura, algunos hasta se preocupaban por llevar a las clases humildes textos que no les estaban destinados en primera instancia sino a los afortunados que contaban tanto con el capital como el tiempo necesario para practicar el hábito de la lectura, textos impresos en papel de baja calidad y que alcanzaban tirajes respetables, como en el caso de los Pliegos Sueltos españoles, los *Chapbooks* ingleses y, en el caso de Francia, la famosa Biblioteca Azul. Era ésta una literatura folletinesca en la que tenían cabida además de las habituales lecturas sobre la Biblia o las vidas de los santos, fragmentos de obras como el *Don Quijote*, de Cervantes, aventuras de caballería y, por supuesto, recopilaciones de escritos de autores prohibidos por la Iglesia o por los estados.

El análisis de la literatura entre los siglos XVI y XVII muestra que la sociedad francesa se encontraba en un momento de transición entre una lectura para una minoría y la lectura al alcance de una mayoría (a condición de que supiera leer), estos textos "aún se construyen como una oralización" —nos dice Chartier—, lo que define tanto su intención como a quien van dirigidos, los textos de esta época se construyen para que sostengan un diálogo con el lector, como si se tratara de un interlocutor vivo, más o menos de la manera en que actualmente se elaboran los libros de cuentos infantiles y otros que no lo son tanto. Ello lleva a Chartier a considerar

que son los textos los que van al encuentro de los lectores populares, como en el caso de Menocchio, el molinero de Friuli.

No debe extrañar que la característica folletinesca de la lectura popular diera como resultado una mejor circulación entre lectores, pero hasta qué punto garantizaba una mejor circulación de las ideas no queda muy claro; resulta evidente que a pesar del abaratamiento de los textos éstos no estaban, todavía, al alcance de la gente común (que por otro lado, e igual que ahora, buscaba en otros medios ajenos a la lectura su entretenimiento) sino que quedaban en manos de algunos individuos, por ejemplo en manos de los curas de aldea o bien de gentes de posición más o menos acomodada. Pero la lectura iba ganando con el tiempo más adeptos, ello se deduce de los préstamos que los poseedores de los libros hacían a quienes sabiendo leer no contaban con los medios para hacerse de ellos (el molinero de Ginzburg había comprado algunos ejemplares a vendedores ambulantes, pero también había recibido otros en préstamo por parte del cura del pueblo, es de suponer que no era el único).

Pero la comunidad de lectores, que es el tema del primero de los ensayos de esta obra, no se conforma por lectores consuetudinarios y el intercambio del material entre ellos, sino por lecturas que se leían en comunidad, lo cual es probable que incitara al ejercicio de la lectura a más gente. Por supuesto, estas lecturas distaban de tener en su

conformación matices políticos o antirreligiosos; la lectura popular difícilmente pudo llevar (salvo en contados casos) a la insurrección de las masas durante el Antiguo Régimen, pues se conformaba principalmente por narraciones populares y por las ya mencionadas vidas de los santos. P. Goubert (*El Antiguo Régimen*) y J. Solé (*Historia y mito de la Revolución Francesa*) han demostrado que las estructuras mentales de la sociedad francesa del Antiguo Régimen no se transformaron como efectos de la revolución de 1789, sino más bien por las acciones de los protagonistas (la fallida fuga de la familia real acabó con el respeto del pueblo por su monarca, respeto que, según Goubert, hasta entonces nunca estuvo en entredicho), en fin, que las acciones de la revolución de julio no estuvieron determinadas por la implantación de nuevas ideas políticas en la mentalidad popular sino por factores enteramente pragmáticos, las alzas de impuestos (Goubert, *op. cit.*) y la vida dispendiosa de la corte, por ejemplo. La creación del mundo moderno es efecto de un cambio en la mentalidad popular que hizo inaceptables antiguos postulados políticos, pero este cambio no parece, a su vez, producto de una constante instrucción de la masa sino del momento vivido, pero ésta es sólo una impresión de primera instancia, difícil y hasta imposible de corroborar en un análisis de larga duración que incluya elementos distintos a las lecturas y lectores del Antiguo Régimen. Por eso, y precisamente por el con-

tenido de sus lecturas, Chartier no se muestra de acuerdo con el papel preponderante que se le ha dado a los llamados "círculos de lectores" como factores determinantes de los cambios en la estructura mental de la sociedad francesa del Antiguo Régimen.

En el segundo ensayo de los tres de que consta la obra, Chartier intenta revitalizar la figura del autor, sacrificada hacia tiempo ya "en el altar de los textos", esto, en aras de la comprensión del texto y no de las motivaciones del autor. A nuestro ensayista no le interesa la identidad social de los autores, en tanto que su función es la de ser sujetos cognoscitivos y creadores. Lo que importa (igual que en Locke, por ejemplo), es la forma en que entienden los conceptos que utilizan y las ideas que vertien en su obra.

Por supuesto que la forma en que un autor comprende los conceptos que utiliza se determina por diversos factores de los que no está excluida su formación literaria, el aspecto de la identidad social es indispensable para comprender la creación de un autor. Si Menocchio hubiese contado con una mejor formación literaria (lo que significa más material de lectura en primer lugar), quizá se habría dado cuenta que muchas de las ideas con que se explicaba tenían una base que hundía sus raíces en la antigüedad clásica (que se remitía a la filosofía platónica y aristotélica), como sí se dio cuenta Ginzburg; de cualquier manera, la forma y los conceptos que vertían en sus textos los fi-

lósofos antiguos hubiera(n) hecho imposible que Menocchio les comprendiera. Lo cual quedaba mejor a los miembros de la clase acomodada a la que pertenecían sus acusadores (que contaban tanto con el dinero como con el tiempo necesarios para adquirir una formación intelectual). Ello nos lleva a algo que inquietaba sobremanera a Ginzburg, la posibilidad de la inexistencia de un contacto entre la cultura popular y la de la elite, que desmentiría la presunta influencia de la segunda en la primera sin reciprocidad.

En efecto, por su escasa formación intelectual, Menocchio no pudo tener acceso a los filósofos antiguos, pero de algún modo contaba en su acervo intelectual con argumentos similares, lo que podría explicarse como restos de la cosmogonía grecorromana (en todo caso una continuidad de las ideas antiguas como parte de una conciencia colectiva, o mejor, como diría P. Aries, como una muestra del inconsciente colectivo, porque la colectividad no está consciente de su bagaje cultural, de sus vínculos con el pasado), pero también como una creación original que no debía nada a la cultura de la elite, por más que se le asemejara.

Hay por tanto, una diferencia significativa, aparte de la cuestión temporal, entre el Ginzburg-autor y el Menocchio-lector: el primero puede, porque se lo permite su preparación intelectual, analizar los procesos mentales del molinero con base en sus lecturas, su relación con sus vecinos y el medio ambiente



Mercurio. Aplano, *Inscriptiones*, 1534

en que se desenvolvía, pero también a partir de su preparación académica, que es, en última instancia, lo que le permite comparar las ideas de su sujeto con las de los filósofos antiguos; ello se transmite a su vez al lector que lee a Ginzburg, que entonces puede analizar, a partir de su propia experiencia, si los postulados utilizados por este autor son correctos o fallan en ciertos aspectos. Lo mismo vale para el que escribe esto, que se vale de Ginzburg para intentar explicar a Chartier. Como se puede ver, la labor del autor conlleva mucho más que la transmisión de ideas, y tanto su

formación como sus intenciones influyen en su quehacer como tal. Para el análisis de un autor lo relevante es la manera en que comprende los conceptos de otros textos y la forma en que los utiliza. En consecuencia, la circunstancia en que se encuentra un autor no es ajena a su texto e influye en el mismo. Por supuesto se me hará notar que Menocchio no es un autor, sólo un lector, pero tal razonamiento no es del todo correcto. Si bien Ginzburg se vale de textos que no fueron escritos de mano propia por el desafortunado molinero, lo que el primero lee es el pensamiento de un autor que no se expresa en voz propia, pero que de todas maneras se expresa.

Aquí está dibujada la tercera parte y la conclusión de la obra de Chartier: desde la biblioteca de Alejandría hasta las modernas, la intención de su construcción ha sido reunir en su interior todo el conocimiento humano. Tarea que se revela a primera vista imposible, no tanto por el espacio necesario para ello, sino por la enorme variedad de temas y la masificación del libro en tiempos más o menos recientes (que obligan a una clasificación por temas). Con lo que se limita el sentido universal de la biblioteca, dando lugar a una contradicción entre la meta y la forma en que ha de llegarse a ella. Muchas veces se ha intentado subsanar esta contradicción confiriendo al término *Biblioteca Universal* distintos significados, que oponen una catalogación más o menos exhaustiva para un manejo adecuado

de textos y autores. Lo que, de cualquier manera, recae en la falta ¿Existe o puede existir una biblioteca en su concepción universal? Chartier piensa que la forma de los libros como acumuladores del saber humano no es posible más que en la imaginación desbordada de autores como Jorge Luis Borges (no en balde ofrece una cita del maestro al principio del tercer ensayo), lo que no es pecado, pero tampoco real. Si una biblioteca ha de construirse con carácter universal será distinta a las pasadas y a las actuales. No se construirá con materiales sólidos, los libros no se apilarán y empolvarán en estantes oscuros o iluminados (igual da) y estarán siempre a disposición de consulta para cualquiera que cuente con una pantalla de computador. Ello es más una presunción, como la anterior de la biblioteca universal, que una línea de seguimiento a futuro (así lo creo).

A Chartier le preocupan las repercusiones de este cambio en la forma de concebir la dicotomía autor-lector, existente en todo proceso de lectura, por la utilización de los nuevos medios de comunicación. Reconoce que ofrece ventajas nada desdeñables (por ejemplo un acceso más rápido a la información), pero también se presta para interpretaciones erróneas (lo que de cualquier forma no es un asunto nuevo). Chartier no aboga por una posición en particular en cuanto a las transformaciones por venir, se limita más bien a poner a sus lectores en guardia ante ellos (como corresponde a un historiador) sin tomar

partido por una u otra posición. Bueno o malo son sólo términos subjetivos que están al alcance del historiador, pero que no determinan en gran medida su trabajo. Lo significativo para explicar el proceso histórico es el cambio y la forma en que éste ocurre.

Chartier intenta dar un nuevo giro a la concepción de la hermenéutica, que no debe reducirse al simple análisis de los textos o lecturas sino también a las motivaciones de los autores, en última

instancia, a los vínculos que se forman entre los tres componentes del proceso de lectura: autor, lector y transmisión de ideas. Teniendo en cuenta que se retroalimentan y que ninguno tiene un papel definido en concreto. Además de que tampoco se trata de un círculo cerrado, sino que interactúan junto a otros factores. Todo ello es de capital importancia para entender uno de los aspectos de la historia conocido como historia de la cultura.